

RAMUNCHO

PRIMERA PARTE

I

LOS tristes chorlitos, anunciando el otoño, acababan de aparecer en grandes bandadas, envueltos, al huir de alta mar ante la amenaza de próximas tormentas, en una borrascosa bruma gris.

En la embocadura de los ríos meridionales, el Adour, el Nive y el Bidasoa, límite de España, vagaban sobre las ondas ya frías, en vuelo bajo, rasando con sus alas el espejo de la superficie. Sus silbidos, como lamentos, parecían cantar fúnebremente la muerte anual de las plantas marchitas, secas.

Sobre los campos pirenaicos, cubiertos de zar-

zas y maleza y de gigantescos árboles, tendíanse lentamente, pesadas, envolviéndolo todo como en difusos sudarios, las melancolías de las tardes lluviosas del fin de la estación otoñal. Ramuncho, como hijo que era de las montañas, caminaba ligero, sin ruido, silencioso, pisando apenas con sus alpargatas la senda cubierta de musgo por donde iba.

Ramuncho venía á pie desde muy lejos; regresaba de las regiones arrulladas por los mugidos del Cantábrico, á su casa sola en lo alto, entre árboles frondosos, cerca de la frontera española.

En redor del joven caminante solitario, que ascendía á buen paso, sin esfuerzo y con andar ensordecido por las alpargatas, se ensanchaban por todas partes lejanías cada vez más profundas, esfumadas y perdidas entre el crepúsculo y la bruma.

El otoño, el otoño se anunciaba por doquiera. Los maíces, en lo hondo del valle, espléndidamente verdes en primavera, vestían ahora sus matices de paja muerta, y en las altas cumbres, las hayas y las encinas deshojábanse mustias.

El aire era casi frío; olía á tierra mojada y musgosa, y de vez en cuando caía un chaparrón pasajero y fugaz.

Sentíase angustiada y próxima la estación de las nubes y de las largas lluvias, que viene

todos los años pregonando el agotamiento de la savia y la muerte irremediable, pero transitoria, como todas las cosas, y que se olvida en el *surrexit* de la siguiente renovación vital.

Por todas partes, en las hojas mojadas que alfombraban melancólicamente la tierra, en el gotear de las yerbas languidas y doblegadas, había tristezas de algo que concluye y se extingue, mudas resignaciones ante la descomposición fecunda que destina nuevos gérmenes á la existencia.

Pero el otoño, cuando viene á extinguir las plantas, no trae para el hombre más que una especie de anuncio lejano de angustia y extinción, ya que el hombre, un poco más durable que las flores, resiste varios inviernos y se deja, una vez y otra, engañar por los encantos primaverales.

El hombre, en las noches lluviosas de Octubre y Noviembre, siente, sobre todo, el deseo instintivo de abrigarse en su casa, de ir á calentarse en el hogar, bajo el techo que tantos ascendientes milenarios, uno tras otro y progresivamente le enseñaron á construir. — Y Ramuncho sentía cómo despertaban en su alma las seculares aspiraciones ancestrales de remotos antepasados hacia el hogar de la montaña vasca, el hogar aislado, sin contacto con los hogares vecinos y apresurábase más y más para llegar

sin tardanza á la pobre casa donde su madre le esperaba.

Aquí y allá se distinguían á lo lejos, confusos en el crepúsculo creciente, los caseríos vascongados, muy distantes los unos de los otros, como puntos blancos ó cenicientos, perdidos en el fondo de una negra garganta, en el declive de un picacho, ó allá arriba, colgados en las crestas que se engolfan en el azul oscuro del cielo. Á tal hora, en presencia de la grandiosa soledad de los campos y de la eternal Naturaleza, más solemne entre bosques y montañas, parecían estas habitaciones humanas algo diminuto y despreciable al lado del inmenso conjunto de las cosas, más indecisas y vagas cada vez, algo que se aniquilaba y desaparecía ante la magnificencia del cuadro circundante.

Ramuncho subía rápido, ligero, atrevido, como joven, ó más bien, niño aún, capaz de jugar por el camino al igual que se divierten los muchachos montañeses con una piedra, una caña ó una rama que van cogiendo al andar. El aire era más vivo cada vez, más áspero el sendero y ya no se oían los chillidos de los chorritos, su quejumbre como de vieja polea enmohecida sobre las rías de allá bajo. En cambio, Ramuncho cantaba una de esas melancólicas canciones de tiempos muy viejos, que se conservan y transmiten en las regiones campes-

tres, y su voz, fresca y dulce, se perdía entre la bruma y la lluvia que azotaba las ramas mojadas de las encinas, bajo el gran sudario, cada vez más sombrío en su soledad, del otoño y de la noche,

Para ver pasar un carro de bueyes que iba allá lejos, abajo del camino que él seguía, se detuvo Ramuncho un instante, pensativo. El carretero que guiaba la pesada yunta, moviéndose con lentitud, cantaba también. Por un sendero pedregoso y torcido iba bajando á una hoyada que se hundía entre las sombras de la noche.

De pronto desapareció el cuadro en una revuelta del paisaje, borrado de repente por los árboles y como perdido en un golfo de tinieblas.

Ramuncho sintió entonces la angustia de una melancolía súbita, inexplicable, como la mayor parte de sus impresiones complejas y con un gesto en él habitual, volviendo á emprender su marcha rápida y descuidada, se caló su boina de lana á modo de visera, sobre sus ojos de un color gris muy vivo y dulce.

¿Por qué? ¿Qué impresión podían producirle el carro, el mozo que cantaba, á quien ni siquiera conocía?... Evidentemente ninguna... Sin embargo, al verlos desaparecer para ir á refugiarse, como todas las noches, en algún caserío perdido en una hondonada, pensó en la existencia humilde

del aldeano, pegado á la tierra del campo nativo, en su vivir, tan desprovisto de goces como el de las bestias de carga, pero con un declinar de la vida más prolongado y más doloroso. Y al mismo tiempo pasó por su espíritu la inquietud instintiva del *más allá* intuitivo, de las mil *otras cosas* que en el mundo se pueden ver ó hacer y de las que es posible aprovecharse ó disfrutar; y un caos de pensamientos trémulos y vagos, de atávicos recuerdos y de fantasmas se dibujó furtivamente, allá, muy en lo íntimo, en el fondo de su alma de criatura primitiva.

Porque él, Ramuncho, era una mezcla de dos razas muy diferentes y de dos seres separados entre sí, si así puede decirse, por un abismo de varias generaciones.

Creado por triste fantasía de uno de aquellos hombres refinados, propios del vértigo de nuestros días, habíasele inscrito al nacer como « hijo de padre desconocido » y no llevaba otro nombre que el de su madre. É instintivamente, no se sentía igual á sus amigos de juegos y de faenas saludables.

Silencioso un instante, se dirigía á su casa andando menos rápido por las sendas que serpenteaban hasta las altas cimas. Y en tanto que se agitaba confusamente en el caos de esas *otras cosas*, del *más allá* luminoso y brillante, en la

confusión de esplendores y zozobras extraños á su vida, trataba de desembarazarse de esa obsesión, de ese peso... Pero no, todo aquello, lo impenetrable, lo incomprensible quedaba desatado, sin encadenamiento lógico y sin forma, perdido en las tinieblas...

Ya no pensó más en ello. Volvió á cantar su canto de la tierra, el cual decía en estrofas de ritmo monótono la congoja de una hilandera cuyo amante partió para una guerra en países lejanos, de donde no volvía; cantábala en esa misteriosa lengua eúskara, de edad incalculable y de origen desconocido. Y poco á poco, bajo la influencia de la melodía centenaria y del rumor del viento y de la soledad, vióse Ramuncho tal como era al principio de su caminata, un simple montañés vasco, de dieciséis á diecisiete años, con la constitución física de un hombre, pero con ignorancias y candores de *chiquillo*.

Pronto divisó á Etchezar, su pueblo, con su campanario macizo como un torreón de fortaleza; aquí la iglesia y en torno de ésta algunas casas que se agrupaban como si quisieran apoyarse en ella; otras, en mayor número, habían preferido esparcirse por los alrededores, entre los árboles, en las hoyadas, en las escarpaduras del monte. Cerraba la noche, premurosa, apresurándose el morir de la luz por causa de

los grandes velos de sombras prendidos á los picos de las altas sierras.

Alrededor del pueblo, allá arriba, ó en los escondidos valles, el país vasco aparecía en este momento como una confusión de gigantescas y oscuras moles. Largos nubarrones borraban las perspectivas; las distancias, las enormes profundidades no se apreciaban ya; las multiformes cordilleras parecían haberse engrandecido en la nebulosa fantasmagoría del crepúsculo. La hora, sin saberse por qué, se hacía extrañamente solemne, como si la sombra de los siglos pasados fuese á surgir de la tierra. Sobre la vasta é imponente elevación de los Pirineos se sentía cernerse un no sé qué, quizá el alma expirante de la raza cuyos restos se conservan en esta región y á la que pertenecía Ramuncho por parte de su madre...

Y el muchacho, compuesto de dos esencias, de dos naturalezas tan distintas, encaminándose solo hacia su casa en medio de la noche y de la lluvia, volvía á sentir en el fondo de su sér doble la inquietud de las inexplicables intuiciones y de las extrañas reviviscencias.

Al fin llegó á su caserío, que estaba en lo alto, como es costumbre en la Vasconia, con viejos balcones de madera debajo de reducidas ventanas; el resplandor luminoso que se escapaba por los cristales rompía las negruras de

afuera. Antes de entrar, se apagó el leve ruido de sus pasos entre la espesa capa de hojas secas, las hojas de esos plátanos dispuestos á manera de bóveda y que, según la costumbre del país, forman una especie de atrio delante de las casas.

La severa Franchita, pálida y erguida entre sus vestidos negros, reconoció de lejos los pasos de su hijo; era la que había en otro tiempo amado y seguido al extranjero; la que después, vislumbrando el abandono próximo, volvió valerosamente á su aldea para habitar sola la casa en ruinas de sus padres muertos. Á quedarse en la ciudad populosa, allá lejos, sufriendo y mendigando, prefirió partir, renunciar á todo, convertirse en un simple aldeano al pequeño Ramuncho, que había entrado en su vivir de niño envuelto en ropas bordadas de blancas sedas.

De esto hacía ya quince años, quince años que volvió al pueblo, clandestinamente, en un anochecer semejante á este. Durante los primeros meses, muda y altanera con sus amigas de la infancia, por temor á sus desaires, no salía más que para ir á la iglesia, con la mantilla de vuelo negra, baja hasta los ojos. Después, á la larga, satisfecha la curiosidad del vecindario, había vuelto á sus costumbres antiguas, decidida á arrostrar las consecuencias de su extravío

y tan irreprochable al mismo tiempo en su conducta, que todos la perdonaban.

Al recibir y abrazar á su hijo sonrió de alegría y ternura; pero taciturnos ambos por naturaleza, recogidos en su interior, no llegaban á decirse sino lo que era necesario.

El se sentó en su sitio acostumbrado á comer la sopa y otro plato humeante que ella le sirvió sin hablar. La salita, esmeradamente blanqueada, se alegraba con el resplandor dorado de las llamas, que devoraban, bajo una chimenea alta y ancha, adornada con una cenefa de indiana blanca, un montón de ramas secas. En cuadros colgados con simetría, había retratos que recordaban la primera comunión de Ramuncho, é imágenes de santos y santas con letreros en vascuence; veíanse, además, la Virgen del Pilar, la de las Angustias, y rosarios y ramos de laurel benditos. Los utensilios de cocina, bien alineados en sus repisas de madera empotradas en la pared, adornadas con aquellos volantes de papel color de rosa, recortados y calados, que se fabrican en España, y en los que aparecen impresos, invariablemente, majos bailando al son de las castañuelas ó escenas de la vida de los toreros. En esta habitación tan blanca, tan reluciente, delante del hogar claro y gozoso, se experimentaba la impresión de vivir en la casa propia, la de un tranquilo bienestar al que daba

mayor realce todavía el contraste con la noche brumosa y húmeda del exterior, con las negruras de los valles, de las montañas y de los bosques.

Franchita, como todas las noches, contemplaba á su hijo con mirar detenido y cariñoso, viéndole crecer y ponerse más guapo, adquiriendo cada día que pasaba un aire más pronunciado de fuerza y decisión, á medida que el bigotillo moreno se destacaba, acentuándose sobre los labios rojos y frescos.

Después de cenar, Ramuncho comió con apetito de joven montañés varios zoquetes de pan y bebió dos vasos de sidra; luego se levantó, diciendo á su madre :

— Me voy á dormir, porque esta noche tenemos que trabajar.

— ¡ Ah ! ¿ Á qué hora tienes que levantarte ? le preguntó ella.

— Á la una; en cuanto se oculte la luna. Ya oirás silbar bajo la ventana.

— ¿ Y qué tenéis hoy ?

— Fardos de seda y de terciopelo.

— ¿ Con quién vas ?

— Vamos los de costumbre : Arrachkoa, Florentino y los hermanos Iragola. Como la otra noche, el negocio corre por cuenta de Itchúa, con quien me he comprometido... Buenas

noches, madre. No tardaremos demasiado, y de seguro volveré antes de misa.

Francisca apoyó la cabeza en el hombro fuerte y duro de su hijo con ternura casi infantil, muy diferente de sus maneras habituales. Con la mejilla pegada á la del joven, se quedó larga y cariñosamente junto á él como para decirle en un cariñoso abandono de la voluntad: « Estas empresas nocturnas no me gustan; pero, pensándolo bien, lo que tú quieres es siempre bueno; yo no soy más que una esclava tuya y tú lo eres todo... »

¡ También en otro tiempo acostumbraba Franchita apoyarse en el hombro del extranjero, abandonarse á él de este modo, en aquellos días en que le amaba !

Cuando Ramuncho subió á su cuarto, pequeño y pobre, ella permaneció pensativa por más tiempo que de costumbre antes de reanudar su labor de calceta... Así, pues, él adoptaba decididamente aquel oficio de las correrías nocturnas en que se arriesga recibir una balazo de los carabineros de España ! Al principio las había acometido Ramuncho por divertirse, por darla de valiente, como hacen la mayor parte de los jóvenes, como lo hacía ahora mismo su amigo Arrachkoa al entrar en la partida de aquella noche; después, poco á poco, se había

convertido en una necesidad continua para él la aventura constante en medio de las negras sombras, y había así abandonado, más cada vez, por este oficio peligroso, el taller de carpintería á pleno aire, donde ella le había puesto de aprendiz á cortar listones de encina para los cielos rasos. He aquí pues el destino que le tocaba en suerte al pequeño Ramuncho, en otro tiempo tan cuidado entre sus finos pañales, y para el cual la pobre madre había concebido tantos sueños fantásticos de grandeza; era contrabandista... Contrabandista y jugador de pelota; dos oficios, por lo demás, que se asocian con frecuencia y que son ambos esencialmente vascuences.

Franchita vacilaba, sin embargo, todavía en dejarle seguir esa vida peligrosa. No desdénaba á los contrabandistas, no; su padre lo había sido, sus dos hermanos también; uno murió de un tiro en la frente, disparado desde la frontera española, una noche que atravesaba el Bidasoa á nado; el otro hubo de huir, yendo á refugiarse en América para no dar en la cárcel de Bayona; á los dos se les respetó por su audacia y por su fuerza... No; pero él, Ramuncho, el hijo del extranjero, sin duda hubiera podido aspirar á una existencia menos ardua que la de los hombres del pueblo, si en un arranque irreflexivo y violento no le hubiese separado ella

de su padre para traerlo á las montañas vascogadas... Porque no era un hombre sin corazón el padre del muchacho; cuando por la fatalidad de las cosas se hubo cansado de la que había sido su amante, algún esfuerzo había hecho para no dejarlo comprender así, y no los hubiera abandonado ni á ella ni á su hijo, si ella misma no se hubiese marchado por altivez... Por eso pensaba que ahora era casi un deber escribirle para suplicarle que hiciese algo por su hijo.

Y natural y espontáneamente evocábase en su espíritu la imagen de Graciosa, como siempre que pensaba en el porvenir de Ramuncho; pues deseaba á la muchacha, desde diez años hacía, como mujer para su hijo. (En las regiones campestres, extrañas todavía á las costumbres actuales, generalmente se casan los jóvenes muy temprano y con frecuencia se conocen y se eligen mutuamente desde los primeros años). Era Graciosa una chisnela de cabellos alborotados, que formaban como un nimbo de oro, hija de una amiga de la infancia de Franchita, de Dolores Detcharry, que en orgullosa siempre, había solido menospreciar á la madre de Ramuncho desde la caída de ésta.

Creía Franchita que la intervención del padre en el porvenir de Ramuncho sería un apoyo decisivo para obtener la mano de la joven, y

aun permitiría pedírsela á Dolores con cierta altivez, después de las antiguas rencillas... Pero Franchita se sentía poseída de un gran temor cada vez que confrontaba en sus términos precisos el pensamiento de dirigirse á aquel hombre, de escribirle, quizá de verlo otra vez, de remover aquellas cenizas... Porque, en el recuerdo, tropezaba nuevamente con la mirada frecuentemente sombría del extranjero, recordaba sus vagas palabras de infinito desaliento, de incomprensible desesperación; parecía por su aspecto como si más allá de los horizontes visibles para ella, divisara él otros distintos, de golfos lejanos y de tinieblas; y aunque no insultase el extranjero las cosas sagradas, no rezaba nunca, añadiéndose así á los demás remordimientos de Franchita el de creerse unida á un pagano, causa por la cual el cielo le cerraría sus puertas. Y sus amigos eran como él, también gastados y consumidos en todos los refinamientos, sin fe, sin la oración en los labios, habituados á cambiar unos con otros, en medio de insinuaciones frívolas, frases que encerraban abismos... « ¡Dios mío, si Ramuncho, pensaba la madre, en contacto con ellos llegase á asemejarlos! ¡Y si huyese de las iglesias y rehusara los Sacramentos y la misa...! »

Entonces ella, Francisca, hacía memoria de

las cartas de su anciano padre — hoy convertido en polvo en la tierra profunda, bajo una losa de granito, junto á los muros de su parroquia; — aquellas cartas en vascuence que le dirigía á ella allá lejos, después de los primeros meses de indignación y de silencio, á la ciudad donde la había arrastrado su falta : « Al menos, mi pobre Franchita, hija mía, ¿estás en un país de hombres piadosos y que frecuenten las iglesias?... » Oh, no, no eran religiosos, ni mucho menos, los habitantes de la gran ciudad, los compañeros del padre de Ramuncho, ni tampoco los humildes trabajadores del arrabal donde ella vivía escondida; todos iban arrastrados por la misma corriente que los alejaba de los dogmas hereditarios, de las tradicionales creencias... Y Ramuncho, en aquel ambiente, ¿podría resistirlo sin dejarse arrebatar por él?

Otras razones, menores tal vez, la detenían también. Su altiva dignidad, que en la gran población se había sostenido arrogante y solitaria, se rebelaba ahora, á la sola idea de solicitar cosa alguna del amante de otro tiempo. Por otra parte, su buen sentido, que nada había podido extraviar ni deslumbrar, le decía que era muy tarde al presente para que cambiase todo; que Ramuncho, hasta aquí libre é ignorante, no podría ascender á las peligrosas regiones de vértigo adonde se había elevado su

padre, y antes más bien vegetaría allí en la inferioridad de los que no están en su puesto. Y, por último, un sentimiento que casi no se atrevía á confesar, se acentuaba cada vez más poderoso en el fondo de su corazón : el temor angustioso de perder á su hijo, de no poder orientarle y dirigirle, de no estar junto á él, de no reternerle á su lado... Entonces, en ese instante de reflexiones decisivas, después de haber vacilado durante años enteros, se inclinaba la madre á perseverar para siempre en su silencio ante el extranjero y á dejar deslizarse obscuramente la vida de Ramuncho, bajo la mirada protectora de la Virgen, de los Santos y de las Santas... Quedaba el problema de Graciosa Detcharry...

Y bien, ¿se casaría con Ramuncho por más que éste fuese contrabandista y pobre!

Con su instinto de madre apasionada, adivinaba que la joven era ya presa del amor y que éste no había de soltarla; lo había visto así en sus ojos negros, de quince años, graves y obstinados bajo el nimbo de oro de los cabellos... ¡ Graciosa casándose con Ramuncho, cautiva de sus encantos y contra los designios maternos...! Lo que había de rencoroso y vengativo en el alma de Franchita se estremeció ya de placer ante ese gran triunfo sobre el orgullo de Dolores...

Alrededor de la casa aislada y solá donde, en el solemne silencio, decidía Franchita el porvenir de su hijo, el espíritu de los antiguos vascos flotaba, sombrío y celoso también, lleno de desdén por el extranjero, temeroso de la impiedad, temeroso del cambio y de la evolución de la raza; el espíritu de los antiguos vascos, el espíritu milenario, inmutable, que mantiene aún á ese pueblo con la mirada vuelta hacia las pasadas edades; el misterioso espíritu secular, mediante el cual obran los niños como hubiesen obrado sus padres, en el flanco de las mismas montañas, en las mismas aldeas, en torno de los mismos campanarios...

Se oyó ruido de pasos afuera, en las tinieblas de la noche; el andar leve y suave con alpargatas entre la capa espesa de hojas esparcidas sobre la tierra... Después se oyó un silbido como una señal, como una llamada...

¿Cómo, ya? ¿Es la una de la madrugada...?

Completamente decidida ahora, abrió ella la puerta al jefe contrabandista con una sonrisa de bienvenida desacostumbrada.

— Entre usted, Itchúa — dijo, — caliéntese... mientras voy á despertar á mi hijo.

Era Itchúa un hombre alto y ancho, flaco, de pecho nervudo y fuerte, enteramente afeitado como un sacerdote y según la costumbre de los vascos de la antigua cepa; bajo la boina, que no

se quitaba jamás, veíase una cara incolora, inexpresiva, tallada como á golpe de hoz, á la manera de aquellos personajes imberbes, arcaicamente dibujados en los misales del siglo XVII. Bajo sus mejillas enjutas, la solidez de sus mandíbulas y el relieve de los músculos del cuello dejaban comprender su fuerza poderosa. Tenía acentuado, hasta el exceso, el tipo vasco; los ojos muy profundos bajo la arcada frontal; las cejas eran de extraordinaria longitud, tanto que sus extremos, muy bajos, como los de las Madonas llorosas, casi se unían con los cabellos de las sienas. Entre treinta y cincuenta años, era imposible decir cual fuese su edad exactamente. Se llamaba José María Gorostegui, pero por costumbre, no era conocido en el país sino por el nombre de Itchúa (el ciego) que se le había dado en otro tiempo en broma, á causa de su vista penetrante que escudriñaba las tinieblas como la de los gatos. Era, por lo demás, católico ferviente, mayordomo de su parroquia y bajo de sonora y profunda voz. Gozaba de justa fama también por su resistencia en las fatigas, y era capaz de trepar por las pendientes pirenaicas durante varias horas á paso de carrera y llevando un gran peso sobre la espalda.

Ramuncho bajó pronto, frotándose los párpados todavía oprimidos por el sueño de

la juventud, y al verle se iluminó con una sonrisa el rostro desabrido de Itchúa. Perenne rebuscador de los muchachos fuertes y enérgicos para alistarlos en su bando, sabía retenerles en él á pesar del escaso salario que les daba, suscitando en ellos una especie de emulación particular, como buen juez de la ligereza de sus piernas y lo robusto de sus hombros, así como de sus caracteres, y ponía buen cuidado en granjearse la voluntad de su nuevo recluta.

Franchita, antes de dejarles salir, apoyó una vez más y por bastante tiempo, su cabeza contra el cuello de su hijo; después acompañó á los dos hombres hasta el umbral. Con la puerta abierta hacia la negra inmensidad del exterior, rezó devotamente un Padrenuestro por ellos, mientras que se alejaban entre la oscura noche, bajo la lluvia, perdiéndose en el caos de montañas, camino de la frontera tenebrosa...

II

Algunas horas después apuntaba el alba incierta y melancólica, despertando de su sueño á los pastores y pescadores.

Los contrabandistas, alegremente, volvían de realizar su empresa.

Á pie, con infinitas precauciones para no meter ruido, por concavidades, por bosques, por peligrosos vados de río, como si nada tuvieran que ocultar luego, atravesaron el Bidasoa, muy temprano, en una barca de Fuenterrabía alquilada en presencia de los mismos aduaneros españoles.

Todo el montón de nubes y sierras, el negro caos de la noche anterior, se había disipado casi súbitamente como al golpe de mágica vara. Los Pirineos, reducidos á sus proporciones reales, no eran sino unos montes de mediana altura, bañados aún en sus repliegues por la nocturna sombra; pero arriba, en las crestas, claros, limpios, destacándose recortados sobre el fondo del cielo que empezaba á iluminarse. El aire tibio, suave, se respiraba con deleite; parecía como

si de repente hubiese cambiado la estación ó el clima, y era que asomaba, soplando leve, el viento Sur, el delicioso viento Sur del país vasco, que barre el frío, las nubes y las brumas, matiza intensamente los objetos, azula el cielo, prolonga los horizontes hasta lo infinito, y aun en pleno invierno comunica la deliciosa ilusión del verano.

El barquero que llevaba á Francia á los contrabandistas apoyábase en el fondo del río con su larga pértiga y la lancha se arrastraba medio varada. En este momento, el Bidasoa, que separa á dos pueblos, parecía agotado, y su lecho vacío, muy ancho, tenía la extensión llana y monótona de un desierto diminuto.

El día iba á surgir, tranquilo y un tanto sonrosado. Era el día 1.º de Noviembre; en la orilla española, allá abajo, muy lejos, en un convento de frailes, la campana del alba esparcía sus notas claras anunciando la solemnidad religiosa del otoño. Y Ramuncho, sentado en la barca, dulcemente mecido y descansado de las fatigas de la noche, aspiraba este viento nuevo con delicia, con una especie de bienestar de todos sus sentidos; le retozaba el júbilo infantil, y veía confirmarse un tiempo radioso para celebrar el día de Todos los Santos, que había de traer para él las únicas fiestas que le eran conocidas : la Misa Mayor cantada, el

partido de pelota ante el pueblo reunido; después, el baile con Graciosa al atardecer, el baile bajo la lluvia de luz de la luna en la plaza de la iglesia.

Poco á poco, después de la noche en claro, iba perdiendo Ramuncho la consciencia de su vida física; una especie de sopor benéfico, bajo la influencia del soplo matinal, tan puro y suave, entorpecía sus miembros, sumergiendo su espíritu en el ensueño. Éranle familiares al muchacho estas impresiones que tantas veces había experimentado, pues aquellos viajes soñolientos en la barca, adormeciéndose al despuntar de la alborada, eran el término habitual de las aventuras del contrabando.

Sabíalos de memoria, conocía perfectamente los detalles todos de aquel estuario del Bidasoa, con sus aspectos mudables, que cambian según la hora, según la marea regular y monótona... Dos veces al día, las aguas del Océano llenaban el cauce, ancho y oscuro; en tal instante diríase que entre Francia y España media interpuesto un lago, un mar diminuto y encantador surcado por minúsculas olas azules, y las barcas flotan en él, volando presurosas, los lancheros cantan los aires viejos de la tierra, acompañados cadenciosamente por el roce de los remos y por el rítmico chocar con que se hunden éstos en las ondas. Pero cuando se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

30485

retiran las aguas, como en el momento de cruzarlas Ramuncho y los suyos, no queda entre los dos países sino una especie de región baja, incierta y de color cambiante, que recorren hombres con las piernas desnudas, el pantalón hasta la rodilla, ó por donde se arrastran las lanchas perezosamente.

Estaban ahora en mitad de ese paraje los contrabandistas. Ramuncho y sus compañeros dormitaban bajo la luz apenas naciente. Empezaban á indicarse los colores de las cosas, á surgir de entre los tonos grisáceos de la noche. Los hombres de la barca se deslizaban, avanzaban á breves golpes de palanca, unas veces entre manchas de terciopelo amarillo, arena dorada, otras á través de detritus ocres, estriados regularmente y peligrosos, que eran el légameo del fondo. Millares de aguazales pequeños, dejados por la reciente marea al retirarse, reflejaban el día naciente, brillando como escamas de nácar en aquella extensión que recogía todas las impresiones del amanecer.

En el desierto amarillo y pardusco, el barquero seguía el curso de una angosta cinta de plata que era el Bidasoa en la bajamar. De vez en cuando se cruzaban en su camino los del batel con algún pescador que pasaba muy cerca de ellos, silencioso, sin cantar como cuando se navega al remo, atento al manejo de la percha,

de pie en la lancha, maniobrando con vigorosas posturas de plástico relieve.

Adormilados se aproximaban los contrabandistas á la orilla francesa. Allá abajo, al otro lado de la zona por donde viajaban como en trineo, veíase la silueta de una antigua ciudad que lentamente desaparecía ante sus ojos : era Fuenterrabía; las altas cumbres que apuntaban al cielo con aspecto tan áspero y abrupto, eran los Pirineos españoles. Allí estaba España, la montañosa España, eternamente erguida en la lontananza, enfrente, convertida en obsesión incesante del espíritu de aquellos hombres; país al que era preciso llegarse en medio del silencio, en la negrura de la noche, en las noches sin luna, bajo las lluvias invernales; país que es el perpetuo objetivo de las correrías peligrosas; país que para los habitantes del pueblo de Ramuncho, parece cerrar invariablemente el horizonte del Sudoeste, cambiando de apariencia, según el celaje y las horas; país que se ilumina el primero con el pálido sol de las mañanas y que encubre después, como oscura pantalla, el sol rojo de las tardes...

Adoraba su tierra eúskara Ramuncho, y aquella mañana era una de las veces en que ese amor resurgía más profundamente del fondo de su sér. En el transcurso de su existencia, en el destierro, debía causarle indefinibles y angus-

tiosas nostalgias el recuerdo cariñoso de estas vueltas al hogar, á la hora del alba, después de una noche de contrabando.

Pero su amor hereditario no era tan sencillo como el de sus compañeros de correrías. Como en todos sus sentimientos, en sus sensaciones todas, se asociaban con ese amor elementos muy diversos. Primero, el apego instintivo y no analizado de sus antecesores maternos al terruño natal; después, algo más refinado que provenía de su padre, un reflejo inconsciente de la admiración de artista que retuvo aquí al extranjero durante algún tiempo y que le había sugerido el capricho de enamorarse de una hija de estas montañas para obtener una descendencia vasca...

III

Á las once, las campanas de Francia y de España tocaban con gran repiqueteo, mezclando, por encima de la frontera, sus vibraciones para llamar á las fiestas religiosas.

Habiéndose bañado y después de descansar, se vistió Ramuncho para ir con su madre á la misa mayor de Todos los Santos. Por el camino, cubierto de hojas rojizas, ya secas, se dirigían los dos á su parroquia, bajo un sol cálido que parecía de verano.

Él, Ramuncho, iba vestido casi elegantemente y como un muchacho de la ciudad, salvo la tradicional boina vasca, que le caía muy adelante, formando visera, sobre sus ojos de niño. Ella, la madre, manteníase erguida y tiesa, la cabeza alta, el porte distinguido, con un traje de forma muy moderna; hubiérasela tenido por una mujer del alto mundo, á no ser por su mantilla de vuelo negro que le cubría el cabello y los hombros; en otro tiempo, en la ciudad populosa, había aprendido á vestirse con distinción, aunque por lo demás, en el país vasco, donde se conservan puras tantas antiguas tradiciones, las mujeres casadas y las jóvenes

de las más pequeñas aldeas visten al uso del día con una elegancia desconocida entre los labriegos de las otras provincias españolas.

Ambos se separaron, según costumbre, al llegar al pórtico de la iglesia, ante la cual se ufanaban erguidos altos cipreses, á la manera del mediodía y del oriente. Por lo demás, al exterior parecía la iglesia parroquial una mezquita con sus centenarios é imponentes muros, horadados en su parte superior nada más que por minúsculas ventanas y con su tinte cálido y pardusco de vetustez, de polvo y de sol.

Mientras Franchita penetraba en el templo por una de las puertas del piso inferior, Ramuncho subía por una venerable escalera de piedra que rodeaba la pared exterior y conducía al coro alto, donde los hombres solían colocarse.

El fondo de la sombría iglesia era todo de oro viejo refulgente, con gran profusión de columnas atorzaladas, de complicados entablamentos, de imágenes recargadas, de contorneos y ornamentación excesivos, de acuerdo con el gusto del Renacimiento español. Esta magnificencia del tabernáculo contrastaba con la sencillez de las paredes laterales, humildemente blanqueadas con cal. Pero el aire de extrema vetustez armonizaba con aquellas cosas opuestas, opulencia y pobreza, habitadas por otra parte, desde hacía luengos siglos, á subsistir y

perdurar en presencia las unas de las otras. Era temprano y aun no venía mucha gente á la misa mayor. De codos sobre la balaustrada del coro, Ramuncho veía allá abajo á las mujeres que entraban en la iglesia, semejantes á negros fantasmas, con la cabeza y el traje casi ocultos por los pliegues de la larga vuela que llevaban al templo. Silenciosas y recogidas, deslizábanse sobre el fúnebre pavimento de losas mortuorias, donde se veían aún, á pesar de la injuria del tiempo, inscripciones en vascuence, con nombres de familias extinguidas y fechas de siglos pasados.

Graciosa, cuya entrada preocupaba á Ramuncho, tardaba todavía. Para distraer un momento su espíritu, contemplaba el muchacho el lento avanzar, fúnebre y negro, de un *cortejo de entierro*, es decir, los parientes y vecinos próximos de uno que había muerto la semana última; los hombres iban envueltos en la pesada capa de paño que se estila en los funerales; las mujeres casi desaparecían bajo el manto amplísimo y el tradicional capuchón de duelo reciente.

En lo alto, en los dos espaciosos coros superpuestos, apoyados en toda su longitud á los costados de la nave, los hombres, uno á uno, graves, serios, iban, con sus rosarios en la mano, á ocupar sus asientos: eran labradores, colonos, boyeros, contrabandistas... todos con

gran recogimiento, prontos á arrodillarse en cuanto se oyera la campanilla sagrada.

Cada uno de ellos, antes de sentarse, colgaba detrás, en un clavo de la pared, la prenda con que se cubría la cabeza; así es que, paulatinamente, sobre el fondo blanco de la cal se iban destacando las líneas oscuras de innumerables boinas vascas.

Finalmente entraron por allá abajo las niñas del colegio, en orden, de dos en dos, escoltadas por las hermanas de Santa María del Rosario. Entre esas monjas cubiertas con velos negros reconoció Ramuncho á Graciosa. Ella también tenía la cabeza envuelta en blondas negras; sus cabellos rubios, que aquella noche se alborotarían con el movimiento y el airecillo del baile, manteníanse ahora ocultos bajo la austera mantilla propia del lugar santo. Graciosa, desde hacía dos años, no era colegiala, pero continuaba siendo la amiga íntima de las buenas hermanas, sus maestras, á las que acompañaba en los cánticos religiosos, en las novenas, ó cuando iban á llevar ofrendas de blancas flores á los pies de la imagen de la santa Virgen...

Después, los sacerdotes, revestidos con sus ornamentos más suntuosos, aparecieron ante los oros magníficos del altar, situándose en un estrado eminente y teatral; y comenzó la misa, celebrada en este pobre pueblo, perdido

en la montaña, con igual pompa que en una gran ciudad. Había coros de muchachuelos que cantaban á plena voz, de timbre infantil, con alegría espontánea y franca. Se oyó también el coro dulcísimo de niñas, á quienes una monja acompañaba en el armonio y que dirigía la voz fresca y clara de Graciosa. Y de vez en cuando, partía del sitio que los hombres ocupaban, un clamor sordo, como el ruido de una tormenta; un responso imponente, formidable, animaba las bóvedas centenarias, las centenarias crujiás donde durante siglos vibraron los mismos cantos...

Hacer las mismas cosas que desde edades sin número han hecho los antiguos y repetir ciegamente las mismas palabras de fe, es una suprema sabiduría, una fuerza suprema. Para todos aquellos creyentes que cantaban devotos, desprendiéndose del ceremonial inmutable de la misa una especie de paz, una confusa pero dulce resignación ante los aniquilamientos cercanos. Vivos al presente, abandonaban una porción de su efímera personalidad para unirse más estrechamente á los muertos dormidos bajo las losas de la iglesia y continuarlos más íntimamente, formando así, con los que fueron y con los descendientes, aquel conjunto vigoroso y resistente, de duración casi indefinida, que se llama una *vaza*.